

GUERRA EN ORIENTE PRÓXIMO

Contemplando el mundo desde la grandeza imperial del despacho oval en el otoño de 2001, el equipo Cheney-Bush confiaba en su capacidad de aprovechar los acontecimientos de septiembre para remodelar el mundo. El vicealmirante del Pentágono Cebrowski resumió el vínculo entre capitalismo y guerra: «Los peligros contra los que deben prepararse las fuerzas estadounidenses provienen precisamente de países y regiones “desconectados” de las tendencias prevalecientes de la globalización». Cinco años después, ¿cuál es el balance?

Entre los aspectos que Estados Unidos puede exhibir en su activo destaca el hecho de que Rusia, China e India permanecen sumisas, al igual que Europa oriental y el sureste de Asia. A este respecto, pese a los intentos de los departamentos occidentales de ciencias políticas de encubrir los giros instrumentalistas de la política estadounidense con hojas de parra conceptuales –«democracias limitadas», «democracias tuteladas», «democracias no liberales», «autocracias inclusivas», «autocracias no liberales»–, lo cierto es que la aceptación de las normas del Consenso de Washington constituye el criterio principal para obtener la aprobación imperial. En Europa occidental, después de unos leves espasmos a propósito de Iraq, la UE vuelve a estar firmemente alineada donde le corresponde. Los discursos de Chirac sobre Oriente Próximo suenan ahora aún más beligerantes que los de Bush, y la elite alemana se afana por contentar a Washington. En la columna del pasivo, se va difundiendo el efecto Caracas. Se ha hecho añicos el largo aislamiento de Cuba, la oligarquía boliviana ha perdido las elecciones y la República Bolivariana de Venezuela ha asumido un papel central en la dinamización de los movimientos populares y antineoliberales en prácticamente todos los países de Latinoamérica¹.

¹ Durante los últimos años Chávez ha visitado los principales países de todos los continentes, poniendo en un brete a algunos de sus huéspedes al proponer un frente global contra el imperialismo. Su entrevista durante una hora en Al Jazeera tuvo un impacto electrificante sobre veintiséis millones de telespectadores árabes y registró la mayor respuesta nunca alcanzada en la emisora en cuanto a número de *e-mails* –decenas de miles–, en los que la inmensa mayoría planteaba una pregunta muy simple: ¿por qué no puede el mundo árabe producir un Chávez?

Pero lo más alarmante para Washington es que el control estadounidense sobre Oriente Próximo se está viniendo abajo. No se ha producido todavía ningún revés irreversible, pero durante el año pasado la influencia de Estados Unidos sobre la región se debilitó. Esa evolución no ha sido uniforme, y al menos un frente se ha movido en la dirección opuesta, con la triunfante intervención occidental en el Líbano; pero en todos los demás la marea de los acontecimientos fluye contra Washington. En Irán y Palestina las elecciones han humillado a aquellos con los que contaba como instrumentos o interlocutores dóciles, llevando al poder a fuerzas más radicales. En Iraq la resistencia ha infligido una serie ininterrumpida de golpes a la ocupación estadounidense, impidiendo cualquier tipo de estabilización del régimen colaboracionista y socavando el apoyo a la guerra en los propios Estados Unidos. El proyecto político de Cheney-Wolfowitz de estabilizar un Estado satélite que sirviera de modelo para la región permanece enterrado bajo los escombros de Falluyah. En Afganistán vuelve a actuar la guerrilla y Washington corteja a facciones talibanes próximas a la inteligencia militar paquistaní. Las nuevas revelaciones de torturas realizadas por las fuerzas estadounidenses y británicas, y el saqueo de los recursos locales por los invasores y sus agentes, han intensificado el odio popular hacia Occidente en todo el mundo árabe. Las fuerzas estadounidenses están extenuadas y ha decaído la fe de las tropas en su misión. Voces muy influyentes en los propios Estados Unidos están comenzando a expresar el temor a una debacle comparable –o aún peor– a la de Vietnam. Pero el resultado global en el teatro del conflicto permanece incierto, y es poco probable que sea el mismo en todas partes.

Palestina

El entusiasmo occidental por las revoluciones arco iris se enfría, como cabía esperar, cuando el color es verde. Los gobernantes y periodistas de todo el mundo atlántico han entendido el triunfo de Hamás en las elecciones al Consejo Legislativo Palestino como un signo ominoso de refuerzo del fundamentalismo y un golpe temible a las perspectivas de paz con Israel. Se han aplicado inmediatamente presiones financieras y diplomáticas para obligar a Hamás a adoptar la misma política que los derrotados en las urnas. Numéricamente, no hay que exagerar la magnitud de esa victoria: con el 45 por 100 de los votos de una participación del 78 por 100, Hamás ha ganado el 54 por 100 de los escaños; pero moralmente, dada la indisimulada intervención de Israel, Estados Unidos y la UE en pro de una mayoría para Fatah, el resultado equivale a un terremoto. Los votantes palestinos rechazaron firmemente las amenazas y sobornos concertados de la «comunidad internacional» en una campaña en la que miembros de Hamás y otros opositores han sido repetidamente detenidos o atacados por las Fuerzas de Defensa Israelíes (FDI), y sus carteles confiscados o destruidos, mientras llegaban fondos estadounidenses y de la Unión Europea para la campaña de Fatah y congresistas estadounidenses proclamaban que no se debía permitir a Hamás gobernar. Hasta el calendario

de las elecciones se estableció con la voluntad de condicionar los resultados. Previstas para el verano de 2005, se retrasaron hasta enero de 2006 a fin de dar más tiempo a Abbas para distribuir favores en Gaza. En palabras de un funcionario de inteligencia egipcio: «El pueblo apoyará entonces a la Autoridad contra Hamás»². El deseo popular de una limpieza a fondo tras diez años de corrupción, amenazas e intimidación por parte de Fatah se ha demostrado más fuerte que todo eso.

Hamás, que se ha mantenido al margen de la combinación de codicia y dependencia de la Autoridad Palestina –con el enriquecimiento de sus policías y portavoces serviles y su aquiescencia a un «proceso de paz» que sólo ha traído nuevas expropiaciones y miseria a la población–, ofrecía con su ejemplo una alternativa simple. Aun sin los recursos de su rival, ha creado clínicas, escuelas, hospitales, centros de formación profesional y programas de bienestar para los pobres. Sus líderes y cuadros viven frugalmente, al nivel de la gente corriente. Es su respuesta a las necesidades cotidianas la que le ha otorgado a Hamás la amplia base de apoyo con que cuenta, y no la recitación diaria de versículos del Corán.

Menos claro es si su conducta durante la segunda Intifada le ha proporcionado un grado adicional de credibilidad. Sus ataques armados contra Israel, como los de la Brigada de Mártires de Al-Aqsa de Fatah o los de la Yihad islámica, no han sido más que represalias contra una ocupación mucho más letal que cualquiera de las acciones que hayan emprendido nunca. Comparados con la escala de asesinatos de las FDI, los golpes palestinos han sido escasos y distanciados entre sí. Esa asimetría quedó claramente a la vista durante el alto el fuego unilateral de Hamás iniciado en junio de 2003 y mantenido durante todo el verano pese a la campaña israelí de incursiones y detenciones en masa, durante la que unos doscientos cuadros de Hamás fueron secuestrados en Cisjordania³. El 19 de agosto de 2003 una autoproclamada «célula de Hamás» de Hebrón, desautorizada y denunciada por la dirección oficial, voló un autobús en Jerusalén oeste, lo que sirvió a Israel como pretexto para asesinar inmediatamente al negociador del cese del fuego por parte de Hamás, Ismail Abu Shanab. Hamás respondió a su vez, y entonces la Autoridad Palestina y los Estados árabes interrumpieron la financiación de sus obras de beneficencia. En septiembre de 2003 la UE declaró organización terrorista a todo el movimiento Hamás, algo que Israel le venía pidiendo desde hacía tiempo.

Lo que ha distinguido realmente a Hamás en un combate desesperadamente desigual no es el envío de combatientes suicidas, al que han re-

² Graham USHER, «The New Hamas», *MERIP* (21 agosto 2005).

³ A finales de 2004 escuadrones de la muerte y helicópteros artillados israelíes habían asesinado a gran parte de la dirección de Hamás –el jeque Yassin, Abdel Aziz Rantissi, Ibrahim Makadmeh, Adnan Ghoul, el jeque Jalil– y habían intentado asesinar en Damasco, sin conseguirlo, a Muhammad Dayf, Mahmoud Zahhar, y quizá también a Jaled Meshaal y Musa Abu Marzuq.

currido diversos grupos, sino su mayor disciplina, demostrada por su capacidad para imponer un alto el fuego contra Israel durante el año pasado. Todas las muertes de civiles son condenables, pero dado que Israel es su principal ejecutor, la hipocresía euro-estadounidense delata a quienes proclaman esas condenas. El desprecio hacia la vida humana incumbe abrumadoramente al otro bando, que lo manifiesta despiadadamente en Palestina mediante un ejército moderno equipado con aviones, tanques y misiles en la más larga opresión armada de la historia moderna. «Nadie puede rechazar o condenar la rebelión contra las fuerzas de ocupación de un pueblo que la sufre desde hace cuarenta y cinco años», decía en 1993 el general Shlomo Gazit, antiguo jefe de la inteligencia militar israelí⁴.

La irritación real de Estados Unidos y la Unión Europea contra Hamás proviene de su negación a aceptar la capitulación de los acuerdos de Oslo y de su rechazo de los subsiguientes esfuerzos, desde Taba hasta Ginebra, por atribuir todas las calamidades que asolan a Palestina a los propios palestinos. La prioridad de Occidente es ahora quebrar esa resistencia. El bloqueo de la financiación a la Autoridad Palestina es un arma obvia para tratar de someter a Hamás al acatamiento. Apuntalar los poderes presidenciales de Abbas –al que Washington eligió para ese puesto del mismo modo que eligió a Bremer en Bagdad– a expensas del Consejo Legislativo es otra⁵. Pero dado que tanto una como otra pueden tener un efecto bumerán, lo más probable es un intento de domesticar a Hamás, esperando que se relaje con los frutos del gobierno y se haga con el tiempo tan «pragmático» como su predecesor. Se trata, evidentemente, de un cálculo razonable. Hamás proviene históricamente de los Hermanos Musulmanes, cuya rama egipcia es ahora apenas más radical, en cuanto a perspectiva, que el partido gobernante en Turquía⁶. Como todas las religiones, el islam ofrece una paleta completa de posiciones ideológicas,

⁴ *Yediot Aharonot* (12 agosto 1993), citado en Khaled HROUB, *Hamas: Political Thought and Practice*, Washington, 2000.

⁵ En cuanto a esta esperanzada perspectiva, véase Hussein AGHA y Robert MALLEY, «Hamas. The Perils of Power», *New York Review of Books* (9 marzo 2006): «En la medida en que la carga ha caído sobre Hamás, Estados Unidos e Israel podrían obtener sus objetivos con un coste menor que con el viejo régimen [...] El líder que más puede ganar de este nuevo marco es el presente Abbas [...] Se ha convertido en la figura central de la que dependen todos: los islamistas, que lo necesitan como parapeto frente al mundo exterior; Israel, que lo considera el interlocutor más aceptable y fiable del bando palestino; Estados Unidos y Europa, que tratan de eludir a Hamás sin volver la espalda a los palestinos». Una fotografía tomada en las exequias del rey Fahd en Riad muestra a Abbas, Allawi y Karzai sentados a los pies de participantes más eminentes, como si se fueran a presentar a una prueba en Hollywood para un *remake* de una película del grupo humorístico estadounidense *The Three Stooges* [Los tres chiflados].

⁶ A finales de la década de 1960 y durante la de 1970 los Hermanos Musulmanes palestinos se mantuvieron al margen mientras sus rivales laicos de la OLP eran diezmados en Jordania y empujados a Beirut. La inactividad de la Hermandad se justificó con el rechazo a trabajar con militantes impíos; lo que había que hacer era iniciar un periodo de «construcción de mezquitas». Cuando su dirección religiosa quedó desacreditada en la década de 1990, Hamás, aun manteniendo el manto del islam, adoptó una actitud cada vez más nacionalista.

desde la colaboración más rendida con el capital y el imperio a la oposición apasionada a uno y otro, con gran fluidez entre ambos extremos.

Cabe dudar de que Hamás se subordine tan rápidamente a los fines occidentales e israelíes, pero no dejaría de tener precedentes. La herencia programática de Hamás sigue hipotecada a la debilidad más fatal del nacionalismo palestino: la creencia de que las únicas opciones políticas son el rechazo de la existencia de Israel o la aceptación de los restos dispersos de una quinta parte del país. Y el salto del maximalismo fantasioso de la primera al minimalismo patético de la segunda es demasiado fácil, como muestra la historia de Fatah. La prueba para Hamás no es si puede ser domesticado a gusto de la opinión occidental, sino si puede romper con esa tradición paralizante. Hacerlo requeriría poner la causa nacional palestina sobre sus propios pies, con la reivindicación de que el país y sus recursos se dividan equitativamente, en proporción a dos poblaciones de igual tamaño, y no el 80 por 100 para una y el 20 por 100 para otra, una desposesión tan inicua que ningún pueblo que se respete a sí mismo aceptará a largo plazo. La única alternativa aceptable es la defendida por Virginia Tilley en este mismo número: un único Estado para israelíes y palestinos, en el que se compensen las exacciones del sionismo⁷.

Líbano y Siria

Hacia el norte, la relativa independencia del régimen ba'azista de Siria y la estabilidad institucional que le ha permitido actuar por encima de su peso real en la región, han irritado durante mucho tiempo a Tel Aviv y Washington. Pese a su historia de oportunismo político, Damasco, a diferencia de El Cairo, se ha negado a traicionar la causa palestina firmando una paz por separado con Israel, o a colaborar con la ocupación estadounidense de Iraq. Con la proliferación de la insurgencia iraquí en las provincias a lo largo de su frontera, aprovechándose de una zona de retaguardia propicia, la neutralización o destitución del joven Assad ha entrado a formar parte de la agenda estadounidense⁸. Dado que las fuerzas estadounidenses no están ahora en condiciones de organizar una segunda invasión, la ruta obvia para derrocar el gobierno sirio era crear un punto de presión en el Líbano, donde las potencias occidentales pueden maniobrar libremente, ya que las tropas sirias instaladas allí desde 1976 constituían una presencia demasiado patente e impopular. Al forzar su re-

⁷ Virginia TILLEY, *The One-State Solution*, Ann Arbor y Manchester, 2005. En cuanto a las posiciones de *NLR* sobre lo que podría suponer una solución viable de dos Estados, véanse Perry ANDERSON, «Precipitarse hacia Belén», Guy MANDRON, «¿Una nueva partición de Palestina?», Gabriel PITERBERG, «Tachaduras», Yitzhak LAOR, «Las lágrimas de Sión», *NLR* 10 (septiembre-octubre 2001), pp. 5-68.

⁸ Inicialmente se esperaba que Bashar al-Assad, que estudió en una escuela médica británica, acabara siendo tan dócil como el joven Mubarak o Gaddafi, ambos sumisos a Occidente. Su lealtad a las tradiciones de su padre constituyó una dura desilusión.

tirada, cabía esperar, se fomentaría una zozobra doméstica capaz de conducir a un cambio de régimen.

El Líbano actual sigue siendo en gran medida la creación artificial del colonialismo francés que fue desde su fundación: una faja costera de la Gran Siria separada de su *hinterland* por París, una vez que quedó claro que la independencia siria era inevitable, para dar lugar a un cliente regional dominado por la minoría maronita que desde hacía tiempo actuaba como peón de Francia en el Mediterráneo oriental. El laberinto confesional del país nunca ha permitido un censo preciso, por temor a revelar que en el sistema político se le niega la representación debida a una sustancial mayoría musulmana, que hoy día posiblemente sería una mayoría chií. Las tensiones sectarias, sobredeterminadas por la situación de los refugiados palestinos, estallaron en una guerra civil a mediados de la década de 1970, proporcionando la ocasión para la entrada de tropas sirias en Líbano –con tácita aprobación estadounidense– y su establecimiento allí a largo plazo, pretendidamente como amortiguador entre las comunidades enfrentadas y elemento disuasorio de una conquista israelí total, algo que entraba en las previsiones de las FDI durante las invasiones de 1978 y 1982. Con el tiempo, Siria llegó a controlar amplias áreas de la vida política libanesa. Su aparato militar y de inteligencia elegía candidatos para los puestos más elevados del Estado, manipulaba gobiernos y disputas fraccionales, asesinaba a adversarios políticos recalcitrantes, mientras sus miembros se enriquecían personalmente en el proceso.

En 1994 el magnate multimillonario de la construcción Rafik Hariri –criatura de la Casa de Saud– accedió al puesto de primer ministro. Una vez instalado en el poder se convirtió en el Berlusconi o el Thaskin de su país natal, reconstruyendo el centro de Beirut con sus propias empresas y para su propio beneficio y provocando una crisis del tipo de cambio cuando quedó brevemente marginado, para regresar como el único hombre lo bastante rico como para resolverla. Con sus enormes reservas de dinero pudo comprar conexiones que le proporcionaban una creciente libertad de acción en sus tratos con Damasco. Entre los amigos que hizo durante esos años estaba otro político venal, Jacques Chirac, cuya campaña presidencial financió al parecer generosamente⁹. Francia nunca ha perdido el interés por su tentáculo colonial. En 2004 Chirac pretendía compensar su desertión de la coalición estadounidense en la invasión de Iraq, obligado por consideraciones domésticas, y, tras organizar un golpe conjunto franco-estadounidense en Haití, tenía muchas razones para ayudar a Bush y a Hariri a expulsar a los sirios del Líbano. Damasco, por supuesto, sabía lo que se estaba maquinando. En agosto Bashar al-Assad convocó a Hariri y –según el hijo de éste– le dijo: «Si piensa usted que el presidente Chirac y usted mismo van a gobernar por su cuenta el Líbano, están muy equivo-

⁹ Sobre la campaña para el Elíseo, véase Flynt LEVERETT, *Inheriting Syria. Bashar's Trial by Fire*, Washington, 2005, p. 259.

cados. Se prolongará el mandato [del presidente Lahoud], o romperé el Líbano sobre su cabeza y sobre la de Walid Jumblatt»¹⁰.

Menos de una semana después, Francia y Estados Unidos presentaron una resolución en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas exigiendo la retirada siria de Líbano y el desarme de las milicias de Hezbollah. La respuesta no iba a tardar. En febrero, cuando se abrió la campaña para las elecciones en el Líbano, una bomba estalló en el exterior del hotel St. Georges de Beirut, matando a Hariri. No era el primer político libanés en padecer ese destino: dos presidentes, Bashir Gemayel en 1982 y René Moawad en 1989, sufrieron la misma suerte sin grandes alharacas. Esta vez, en cambio, el secretario general de la ONU convocó inmediatamente una comisión de investigación, enviando un fiscal alemán armado con poderes plenipotenciarios para investigar el crimen, quien concluyó, como cabía esperar, que Siria era responsable. Dado que esto estaba claro desde el principio, lo único que reveló la comisión fue hasta qué punto la ONU, bajo la miserable figura de Kofi Annan, se ha convertido en instrumento de la voluntad de Occidente, ya que los asesinatos israelíes –de líderes de Hezbollah, Fatah, Hamás– nunca han suscitado, por supuesto, ni un suspiro de reproche en el secretariado, por no hablar de una comisión de investigación. El destino de Lumumba, Ben Barka, Guevara, Allende o Machel dice mucho sobre la continuidad de esa tradición occidental.

En el propio Líbano, el asesinato de Hariri –cuya generosidad le había proporcionado una vasta clientela– provocó reacciones más genuinas, con grandes manifestaciones de la clase media del país exigiendo la expulsión de la policía y las tropas sirias, mientras que un montón de organizaciones occidentales llegaba para asistir al progreso de una «revolución» en el país de los cedros¹¹. Ese impulso, respaldado por las amenazas de Washington y París, fue suficiente para forzar una retirada siria y dar lugar a un gobierno más favorable en Beirut, pero las distintas facciones libanesas siguen tan alejadas entre sí como siempre. Hezbollah no se ha desarmado y Assad no ha caído¹². Estados Unidos se ha cobrado un peón, pero el jaque mate no se ha producido.

¹⁰ Véanse los informes de la Comisión de la ONU (UNIIC) presidida por Detlev Mehlis sobre el asesinato de Hariri, octubre y diciembre de 2005, <<http://www.un.int/usa/s-2005775.pdf>>. Jumblatt es el líder clánico de los drusos, ahora partidario incondicional de Occidente.

¹¹ Saatchi & Saatchi ayudó a orquestar asambleas en la «Plaza de la Libertad»; proporcionó sándwiches, banderas y efectos teatrales, incluido un enorme Reloj de la Libertad con un «contador» electrónico; y se distribuyeron barajas de cartas con retratos de «los más buscados», método patrocinado por el periódico israelí *Maariv* cuando se buscaba a palestinos y publicitado a escala global por el ejército estadounidense en Iraq. Véase *CounterPunch* (18 noviembre 2005).

¹² Durante la reciente crisis, varios grupos sirios de oposición ofrecieron un trato al régimen de Assad: un gobierno nacional para defender al país frente a Occidente, seguido por elecciones en las que el partido Ba'az desempeñaría un importante papel. El alto mando del Ba'az lo rechazó, prefiriendo recurrir, como siempre, a la represión en el país y a las maniobras en el extranjero.

Infierno en Iraq

Resulta comprensible que el amparo sirio a la resistencia iraquí al este del país lo haya convertido en blanco del asedio estadounidense, ya que en el propio Iraq la guerra va de mal en peor para Washington. Los ocupantes, enfrentados a una denodada insurgencia, siguen siendo incapaces –después de tres años y un gasto de más de 200.000 millones de dólares– de asegurar un abastecimiento regular de agua y electricidad al pueblo que han subyugado. Las fábricas siguen paradas; los hospitales y escuelas apenas funcionan; las rentas del petróleo han quedado casi en su totalidad en manos de los esbirros locales de Estados Unidos y de la horda de contratistas estadounidenses sobre el terreno. Por miserables que fueran las condiciones de vida para la mayoría de la población bajo el régimen de sanciones de la ONU, bajo la ocupación estadounidense se han deteriorado aún más, mientras se multiplican los asesinatos sectarios y desaparece cualquier tipo de seguridad.

En medio de estas escenas infernales, la moral de los ocupantes se deteriora y dan muestras de desaliento. Las tropas estadounidenses, a las que se negó el lujo de un ataque libre de bajas desde diez mil metros de altura, están estancadas: confinadas en sus cuarteles, emprendiendo misiones únicamente con cobertura aérea o una protección abrumadora sobre el terreno, siguen perdiendo vidas casi a diario. En una encuesta de Zogby efectuada entre los soldados estadounidenses en Iraq en febrero de 2006, el 72 por 100 pensaba que Estados Unidos debía salir de allí en el plazo de un año, y el 29 por 100 que debía salir «inmediatamente». Menos de la cuarta parte –el 23 por 100– respaldaba la postura oficial, reiterada por el presidente y la mayoría de los dirigentes estadounidenses, de que Estados Unidos debe «mantener la apuesta». Las reservas militares están tan exhaustas que el Pentágono ha anunciado un indulto y su voluntad de borrar los antecedentes criminales de quienes se incorporen como reclutas al ejército, viéndose obligado a recurrir cada vez más a mercenarios aquilados en el mercado.

A la cobertura política laboriosamente construida para la invasión no le ha ido mucho mejor. La primera ronda de las elecciones para formar un gobierno títere fue boicoteada en bloque por la comunidad suní. La constitución *made in USA* tuvo que ser introducida a la fuerza mediante un plebiscito manipulado. La segunda ronda de las elecciones ha suscitado querellas entre los diferentes clientes de Estados Unidos y ha conducido a un atolladero parlamentario. Las grandes sumas gastadas en sobornos a diversas figuras y en la financiación de los candidatos han proporcionado escasos rendimientos, con la humillación en las urnas de los principales protegidos de la CIA y el Pentágono, Iyad Allawi y Ahmed Chalabi. Mientras escribo esto, el virrey estadounidense está utilizando como pantalla a un presidente kurdo para deshacerse de un primer ministro chií que se ha convertido en un estorbo. El escepticismo popular sobre la «revolución púrpura» es general, y la credibilidad de las autoridades de Bagdad es nula.

Eso no significa que la liberación de Iraq esté próxima. La prolongación de la ocupación ha provocado una intensificación de las tensiones sectarias sobre las que descansa. Los ataques mortales de suníes a chiíes y de chiíes a suníes se han convertido en un acontecimiento diario, con trágicas pérdidas de vidas humanas en ambas comunidades. La iniciativa de esos ataques partió en un primer momento de los sectores más fanáticos de la resistencia suní; pero la responsabilidad original del desastroso deslizamiento hacia la guerra civil, unida y entremezclada con la lucha patriótica contra el invasor extranjero, corresponde a los clérigos chiíes –y sobre todo al ayatolá Sistani–, que se arrojaron en brazos de los conquistadores del país, exponiendo así fatalmente a su comunidad al riesgo de represalias por parte de la resistencia, en la medida en que los creyentes ordinarios seguían las orientaciones de sus líderes. Las toneladas de sentimentalismo vertidas para justificar la colusión de Sistani con Bremer, Negroponte y Jalilzad rivalizan con las vertidas en otro tiempo sobre otro anciano taciturno que en sus últimos años pretendía proteger a su pueblo mientras mantenía ciertas distancias con el ocupante. Pero el Pétain de Nayaf puede esperar mejor suerte. La gratitud por sus esfuerzos en favor del equipo estadounidense le asegurará probablemente el premio Nobel de la Paz, para el que lo ha recomendado Thomas Friedman, ardiente defensor de la invasión¹³.

Si los dirigentes chiíes en general, y Sistani en particular, les hubieran dicho a los estadounidenses que empaquetaran sus cosas y se fueran en la primavera de 2004, cuando suníes y chiíes se alzaron unidos contra la ocupación, Iraq sería ahora un país libre con una perspectiva razonable de armonía entre las distintas comunidades, basada en la lucha conjunta contra el invasor. Pero Sistani y su entorno unieron sus fuerzas con los estadounidenses para aplastar la revuelta del ejército del Mehdi Muqtada al-Sadr's en el sur y la resistencia suní en el norte y oeste del país, con el propósito de tomar el poder en Bagdad bajo la tutela estadounidense y de construir un régimen sectario basado en la preponderancia demográfica y en las armas extranjeras. El parlamentarismo confesional de esta opción ha provocado, como cabía prever, una profundización del odio sectario, a medida que el colaboracionismo con el enemigo se extiende hacia abajo, suscitando represalias indiscriminadas de los *yihadistas* por un lado y los escuadrones de la muerte por otro. Los progenitores de este caos lo están utilizando ahora como pretexto para prolongar su invasión del país, sobornando a los políticos suníes para inducirles a pedir a Esta-

¹³ Reuel Marc Gerecht, ex jefe de la CIA en Oriente Próximo, opina parecidamente en un artículo que empieza: «Las elecciones del 30 de enero serán probablemente el acontecimiento con más consecuencias de la historia árabe desde la victoria de Israel en la Guerra de los Seis Días de 1967 sobre la alianza árabe encabezada por Gamal Abdel Nasser»; y concluye: «Sigo rezando cada noche por la salud, el bienestar y la influencia del Gran Ayatolá Sistani [sic] [...] Es maravilloso que Sistani y sus seguidores entiendan mejor la historia moderna de Oriente Próximo que los liberales estadounidenses o europeos». «Birth of a Democracy», en Gary ROSEN (ed.), *The Right War? The Conservative Debate on Iraq*, Cambridge, 2005, pp. 237, 243.

dos Unidos que permanezca allí, como si la ocupación fuera el remedio más que el origen de la catástrofe reinante.

La verdad es que sólo hay una forma de detener esa espiral de violencia, la vía rechazada por Sistani en 2004 y ahora emprendida de nuevo por Muqtada al-Sadr: un acuerdo nacional entre líderes suníes y chiíes, el *maquis* de las provincias y las milicias de la capital, para garantizar la expulsión de todas las fuerzas ocupantes del país sin más dilaciones. «Cortar la cabeza de la serpiente y expulsar todo el mal», como exhortó Muqtada al-Sadr en Samarra y Bagdad a su regreso del Líbano. Sus milicias, constituidas en gran medida por pobres urbanos, se reclutan en barrios que fueron en otro tiempo bastiones del comunismo iraquí. Los ejércitos expedicionarios de Estados Unidos y Gran Bretaña no durarían ni un mes en Iraq si los chiíes siguieran en su mayoría el ejemplo de sus compatriotas suníes. De hecho, bastaría una votación en el Parlamento títere pidiendo la retirada inmediata de las fuerzas extranjeras para hacer insostenible la postura de Washington y Londres. Dada la historia moderna de Iraq, habría todavía muchas tensiones graves en las relaciones entre ambas comunidades, por no hablar del papel reciente de los kurdos como gurjas del invasor. Pero hasta que se expulse el veneno de la intrusión occidental no hay posibilidad de que las heridas, pasadas o presentes, puedan curar. Hay que expulsar a los ejércitos angloamericanos del país, con todas sus pertenencias, para que Iraq pueda tener algún futuro.

Irán en el centro de la atención

En las provincias de Basora y Maysan, en el extremo suroriental de Iraq, las autoridades locales se niegan ahora a cooperar con los ocupantes británicos. Es probable que su cambio de actitud tenga que ver con la nueva situación al otro lado de la frontera. La victoria de Mahmoud Ajmadineyad en las elecciones presidenciales iraníes de 2005 representa la mayor conmoción política del nuevo siglo en la región. El alcalde de Teherán, un militante clerical del núcleo duro, procedente de una familia obrera y soldado en la guerra contra Iraq, derrotó con soltura al candidato preferido de los medios occidentales y sus amos: el corrupto clérigo y magnate Rafsanyani, que gobernó el país desde 1989 hasta 1997, y cuya campaña abundantemente financiada –en la que no faltaron asambleas *hi-tech*, millones de pegatinas y entusiastas jovencitas con *hidjab*– fue superada por los votos de protesta de los desposeídos. Ajmadineyad, con un programa de redistribución igualitaria –«hacer llegar el dinero del petróleo a la mesa de los pobres»– y un CD que presentaba a su millonario opositor viviendo en el lujo, mientras él cedía gran parte de su propio salario a los necesitados, era el único candidato que podía, con cierta credibilidad, vestirse de barrendero para limpiar las alcantarillas de Teherán. Contra la retórica hueca de Rafsanyani, propuso soluciones concretas para las crisis de la vivienda y el desempleo y los problemas que éstas causan a las jóvenes parejas deseosas de casarse, y prometió el final de la corrup-

ción y de la subordinación a los dictados estadounidenses en cuestiones energéticas¹⁴. Todo esto dio a la campaña un tono más duro y ofreció opciones más serias en política social que las elecciones de 2004 en Estados Unidos o de 2005 en Gran Bretaña, lo que probablemente influyó en la alta participación.

Ajmadineyad cosechó el descontento, no sólo con la corrupción y brutalidad de la presidencia de Rafsanyani, sino también con la abulia de su anodino sucesor. Con el reformador Jatami la situación económica empeoró continuamente a pesar del aumento del precio del petróleo, mientras que sus ingenuas iniciativas en política exterior, de estilo Gorbachov, sólo dieron lugar a que Irán se viera incluido en el Eje del Mal de Bush, del mismo modo que su antecesor ruso formaba parte del Imperio del Mal de Reagan. Jatami, dispuesto a defender los derechos de los inversores extranjeros, pero mucho menos los de los periódicos independientes o los manifestantes estudiantiles, proclive a mantener vacuos diálogos con el Papa sobre valores espirituales, pero incapaz de proteger firmemente los derechos civiles, maniobró ineficazmente entre presiones contrarias hasta agotar su crédito moral. La base de Ajmadineyad en las clases populares instila mayor sensibilidad social en la nueva presidencia, pero no es garantía de que los resultados prácticos sean mejores. Los millones de jóvenes obreros y desempleados, hacinados en viviendas mínimas, necesitan desesperadamente una política coherente de desarrollo nacional; pero el voluntarismo islámico no es una alternativa estable al neoliberalismo rampante, y la tentación de recurrir a la represión cultural para compensar la frustración económica suele ser irresistible.

En el desmadejado y opaco sistema político iraní, la presidencia está rodeada por otros centros de poder alternativos, casi todos ellos más conservadores. El líder supremo Jamenei no quiere verse eclipsado por un joven agitador. El eje formado por mullahs y bazaari que apoyaba a Rafsanyani ha desbaratado ya los intentos de Ajmadineyad de depurar el Ministerio del Petróleo, y sigue atrincherado en el Consejo de Urgencia. La clase media prooccidental que se identificaba con Jatami sigue lamiendo sus heridas y esperando una mejor ocasión para regresar al gobierno. Todos están dispuestos a aprovechar cualquier inexperiencia o paso en falso, que seguramente abundarán¹⁵. El trasfondo social para tales dispu-

¹⁴ Para una descripción más hostil desde la izquierda, véase *Iran Bulletin-Middle East Forum*, 2.ª serie, 3 (diciembre 2005). Para un examen dinámico de la polarización de clases en Irán, véase la película *Talaye sorj* [Oro carmesí] de Yafar Panahi, con guión de Abbas Kiarostami, que fue prohibida por el gobierno de Jatami. ¿Correrá la misma suerte la nueva película de Panahi, *Offside*, sobre las mujeres y el fútbol, con Ajmadineyad?

¹⁵ La negación del judeicidio, expresión típica de la ignorancia, estupidez y prejuicios de la cultura fundamentalista, es uno de los primeros ejemplos. La indignación euroestadounidense –en el partido socialista francés Fabius ha llegado a pedir que se impida a Ajmadineyad salir de Irán, prohibiéndole la entrada en cualquier otro país– es, por supuesto, mera *tartufferie*. Irán no participó en la Shoah. Turquía, en cambio, niega el genocidio del que fue responsable en 1915, sin que la opinión bienpensante europea parpadee siquiera. De hecho,

tas sigue siendo bastante tenso de por sí. El sesgado modelo de desarrollo heredado del Shah, deteriorado por casi una década de guerra y luego sometido al *boom* inflacionista de Rafsanyani y a las privatizaciones de Jatami, ha generado un vasto mercado negro, una tasa oficiosa de desempleo del 25 por 100 y una creciente crisis agrícola. Los estudiantes están descontentos y los trabajadores levantiscos, mientras hierven a fuego lento el suroeste árabe, el norte kurdo y azerí y el sureste baluchi. En ese conglomerado hay suficiente material inflamable para todo tipo de intrigas domésticas e imperiales tendentes a derrocar al molesto representante de las aspiraciones populares. Entretanto, los que en algún momento soñaron con la «liberación» mediante una intervención estadounidense deberían tomar nota de la pesadilla que arrecia en Iraq.

Pero por el momento es el papel de Irán en la escena internacional el que más preocupa. Ahí tampoco ha generado el desnortado Estado clerical otra cosa que confusión. Desde el final de la guerra Irán-Iraq, su política exterior ha sido poco más que un cúmulo de oportunismo incoherente, combinando la cauta diplomacia convencional de corte típicamente colaboracionista, con gestos baratos de solidaridad hacia los chiíes de otros países, principalmente hacia Hezbollah, en el sur del Líbano, dejando algunas migajas para los palestinos. Teherán se mantuvo prudentemente en silencio en 1991, durante la guerra del Golfo, sin manifestar siquiera un atisbo de protesta cuando se estacionaron tropas estadounidenses en los lugares santos. Instruyó a sus agentes en la Alianza Norte para que facilitaran la invasión estadounidense de Afganistán. Colaboró con la CIA en los preparativos para la ocupación de Iraq y orientó al Consejo Supremo de la Revolución Islámica y sus demás activos políticos allí hacia el apuntalamiento del dominio estadounidense en Bagdad. A cambio de sus favores al Gran Satán, ¿qué ha recibido? Hay ejércitos estadounidenses acampados en sus fronteras oriental y occidental, y Estados Unidos amenaza atacar sus reactores nucleares.

Incluso con las normas vigentes en la «comunidad internacional» actual, la campaña occidental para obligar a Irán a abandonar la investigación nuclear –a la que le da derecho el Tratado de No Proliferación– quita el aliento. El país está rodeado por potencias atómicas –India, Pakistán, China, Rusia, Israel– y submarinos nucleares estadounidenses patrullan su costa meridional. Históricamente tiene infinitas razones para temer las amenazas que le llegan del exterior. Aunque se declaró neutral, durante la Segunda Guerra Mundial fue ocupado por fuerzas británicas y soviéticas. Un gobierno elegido democráticamente fue derrocado en 1953 por un golpe anglo-estadounidense que destruyó a la oposición laica al Shah. Entre 1980 y 1988 las potencias occidentales instigaron y alentaron el ataque de Saddam Hussein, en el que murieron cientos de miles de iraníes. En las últimas fa-

no hay causa que se abrace con tan buena disposición, en nombre del multiculturalismo, como la rápida entrada de Turquía en la UE. Armenia no es Israel. ¿A quién le importa?

ses de la guerra Estados Unidos destruyó en el Golfo casi la mitad de la armada iraní, llegando a derribar un avión civil lleno de pasajeros.

En el momento actual Irán cuenta con poco más que rudimentos primitivos de la tecnología necesaria para la autodefensa nuclear; aun así, eso está siendo presentado como un *casus belli* por Bush, Blair, Chirac y Olmert, cuyos propios Estados cuentan con cientos –en el caso estadounidense, miles– de armas nucleares. Los gimoteos y alegaciones sobre la letra pequeña del protocolo de Viena, por justificados que estén, constituyen un procedimiento estéril para la diplomacia iraní. El país haría mejor en elegir el momento adecuado y retirarse simplemente del Tratado de No Proliferación. De todos los emperadores anacrónicos del mundo, ése es el que está más descaradamente desnudo. No hay ni una brizna de justificación para el oligopolio de las actuales potencias nucleares, tan hipócrita que no se atreve siquiera a pronunciar su nombre: Israel, con docenas de bombas nucleares, nunca se menciona. No habrá desarme nuclear hasta que ese oligopolio se rompa.

Hacer frente a los enemigos que se alinean frente a Irán requiere una coherencia y disciplina de las que hasta el presente hay pocas señales. Con sus propios hábitos y doctrinas operativas en primera línea, los clérigos iraníes han desempeñado un papel profundamente divisorio en Iraq al apoyar a los partidos chiíes y a Sistani, la reina barbuda de Teherán en el tablero de juego iraquí, enfrentada a la resistencia insurgente. Una alianza de fuerzas desconfesionalizadas desde Teherán hasta Damasco, pasando por Basora y Bagdad, frenaría el conflicto entre comunidades y reforzaría la posición de Irán. Aunque en la reciente historia iraní no hay muchos indicios que sugieran que las instituciones que gobiernan el país puedan hacer frente con algo más que una incompetencia múltiple a la arrogancia imperial, las circunstancias pueden obligarlas ahora a tomar decisiones que hasta el momento han eludido. No será fácil vender la rendición a las amenazas occidentales como digna prudencia nacional, como tampoco sería difícil dirigir las milicias y multitudes chiíes contra la ocupación occidental al otro lado de la frontera. Teherán cuenta ahora con rehenes más significativos que una mera embajada, y es improbable, si el país mantiene el tipo, que el Pentágono o sus agentes se arriesguen a un ataque.

Perspectivas

La crisis de Oriente Próximo iniciada en 2001 no tiene a la vista ninguna solución fácil. Como mucho, estamos quizá en el punto medio de un drama que todavía no ha llegado a su culminación. Emergen nuevas fuerzas y rostros que tienen algo en común. Muqtada, Haniya, Nasrallah, Ajmadi-neyad: cada uno de ellos ha surgido organizando a los pobres urbanos de su lugar de origen: Bagdad y Basora, Gaza y Yenín, Beirut y Sidón, Teherán y Shiraz. Es en los barrios pobres de las ciudades donde tienen sus

raíces Hamás, Hezbollah, las brigadas de Sadr y el Basij¹⁶. El contraste con agentes de Occidente como Hariri, Chalabi, Karzai o Allawi –millonarios desarraigados, banqueros sin escrúpulos, agentes de la CIA– no podría ser más patente. Un vendaval de radicalismo sopla desde los callejones y chabolas de los condenados de la tierra, rodeados por la fabulosa riqueza del petróleo. Pero los límites de su radicalismo, en tanto permanezcan atrapados por el Corán, son bastante claros. Los impulsos de caridad y solidaridad son infinitamente mejores que los de la codicia imperial y la sumisión compradora, pero mientras que sólo ofrezcan alivio social y no reconstrucción están expuestos a verse recuperados, más pronto o más tarde, por el orden existente. Tienen que surgir todavía figuras comparables a las de Chávez o Morales, con una visión capaz de trascender las divisiones nacionales o comunales, una conciencia de unidad continental y confianza en sí mismos para transmitirlos. Gracias a su ex alcalde, ahora hay en Teherán una estatua de Bolívar. La región está a la espera de un espíritu equivalente.

Entretanto, las posiciones de la hiperpotencia apenas se han movido. La agitación actual se limita todavía a las zonas de Oriente Próximo donde durante veinte años o más el poder estadounidense no había realmente penetrado: Cisjordania, el Iraq ba'azista, el Irán de Jomeini. El anclaje real de Estados Unidos en la región está en otro sitio: en Egipto, Arabia Saudí, los Estados del Golfo y Jordania. Ahí es donde sus clientes tradicionales han mantenido la línea y se aprestan a ayudar a resolver los problemas regionales. Más allá, Europa y Japón se mantienen hombro con hombro con Estados Unidos sobre Irán y Palestina, mientras que Rusia, China e India no plantean dificultades. Es todavía demasiado pronto para contar con una derrota imperial.

¹⁶ Fuerza paramilitar iraní integrada en la Guardia Revolucionaria Islámica; según el general Mohammad Heyazi, en marzo de 2005 contaba con 11 millones de miembros [*N. del T.*].